



Hipatia Press
www.hipatiapress.com



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://rasp.hipatiapress.com>

Ageing, Residential Independence and Care: Families on the Move

Julio A. del Pino Artacho¹ & Luis Camarero¹.

¹Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Spain

Date of publication: July 30th, 2022

Edition period: July 2022 – January 2023

To cite this article: del Pino Artacho, J. & Camarero, L. (2022). Ageing, residential independence and care: families on the move *Research on Ageing and Social Policy*, 10(2), 104-133. <http://10.4471/rasp.8784>

To link this article: <http://dx.doi.org/10.447/rasp.8784>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CCAL).

Ageing, Residential Independence and Care: Families on the Move

Julio A. del Pino Artacho
*Universidad Nacional de
Educación a Distancia.*

Luis Camarero
*Universidad Nacional de
Educación a Distancia.*

*Received: 10 August 2021; Accepted: 28 December 2021; Published:
30 July 2022)*

Abstract

The increase in longevity and the ageing of society generate changes that can be understood as processes of transition. On the one hand, we see the importance of maintaining intergenerational relations through a beanpole type of family structure, which binds together many generations with few members. On the other hand, in the care-giving sphere, the transition is marked by a balance between giving and receiving care related to age. Lastly, in terms of mobility, we find the importance of residential changes, which involve not only emancipation from the parental home or cohabitation with elderly family members, but the appearance of both increasing residential proximity and distancing. Based on data from the Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe (SHARE) and the Census Hub of Eurostat, we illustrate these changes for Europe as a whole.

Keywords: ageing, beanpole family, care, mobility.

Envejecimiento, Independencia Residencial y Cuidados: Familias en Movimiento

Julio A. del Pino Artacho
Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Luis Camarero
Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Recibido: 10 agosto 2021; Aceptado: 28 diciembre 2021; Publicado: 30 julio 2022)

Resumen

El aumento de la longevidad y el progresivo envejecimiento implican cambios, que pueden describirse como procesos de transición. Por una parte, se observa la importancia del mantenimiento de las relaciones intergeneracionales a través de estructuras familiares de tipo beanpole, que aglutinan muchas generaciones con pocos miembros. Por otra, en la esfera de los cuidados, la transición viene marcada por el balance entre cuidados dados y recibidos según la edad. Por último, en la esfera de la movilidad, los cambios residenciales implican no solo la emancipación o la convivencia con los mayores sino también el acercamiento o alejamiento residencial de ellos. A partir de los datos procedentes de the Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe (SHARE) y del Census Hub de Eurostat se ilustran estos cambios para el conjunto de Europa.

Palabras clave: envejecimiento, familia tipo beanpole, cuidados, movilidad

El presente trabajo se plantea examinar las transformaciones operadas en el ámbito de los cuidados familiares en un contexto de creciente envejecimiento. Se propone utilizar el concepto de transición para describir el cambio conjunto de tres esferas interconectadas: formas familiares, cuidados y movilidad. El objetivo es mostrar que existe una conexión entre las formas familiares, los cuidados y la movilidad que cobra sentido a la luz del proceso de envejecimiento.

Para ello, se acude, por una parte, a una revisión de literatura sobre temáticas asociadas con el enfoque de la transición aplicado a las estructuras familiares, a los cuidados intergeneracionales provistos por las generaciones de los hijos hacia las de los padres, y a la movilidad residencial. Por otra parte, a modo de ilustración, se analizan algunos indicadores clave de la 6ª oleada de la Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe (SHARE): la convivencia entre padres e hijos, el balance entre la prestación o recepción de ayuda y la aproximación residencial.

En este primer apartado, se establece el marco general del envejecimiento en las sociedades desarrolladas y su impacto concertado en las estructuras familiares, el cuidado intergeneracional y la movilidad. Tras el siguiente apartado, metodológico, el tercer apartado se propone específicamente la interpretación de este proceso como una transición familiar, de cuidados y de movilidad, que separaremos a efectos analíticos, ofreciendo algunos datos ilustrativos que la apoyan. El artículo concluye con un balance provisional.

El envejecimiento está transformando profundamente a las sociedades desarrolladas en sus más diversos aspectos (Fernández-Alonso, 2020). Las altas longevidades medias así como los acusados desequilibrios en cuanto al número de efectivos entre las generaciones más jóvenes -reducidas- y las mayores -numerosas- ofrecen un escenario demográfico, que desafía anteriores patrones de relaciones intergeneracionales, basados en vidas más cortas y una proporción mayor de jóvenes (Christensen et al., 2009). Uno de los principales campos en el que operan estos cambios es en el de los cuidados que se dispensan unas generaciones a otras.

Desde un punto de vista biológico, el envejecimiento es definido como un progresivo deterioro de las funciones fisiológicas dependiente de la edad (Flatt, 2012). Sin embargo, este deterioro afecta, además de a las funciones fisiológicas y psicológicas, al entorno social (Morgan y Kunkel, 2007; Bowling, 2007).

En términos demográficos, el envejecimiento es el producto concreto de una determinada secuencia, en la que confluye un aumento significativo de la esperanza de vida a todas las edades con un importante descenso de la fecundidad. Este régimen demográfico, conocido como la segunda transición demográfica (van de Kaa, 1987; Lesthaege, 2007), tiene como efecto que las generaciones mayores tardan mucho más tiempo en desaparecer y, por lo tanto, el proceso de envejecimiento de estas generaciones se alarga. Estos cambios traen como consecuencia, según Laslett (1987), la necesidad de generar una nueva visión sobre el ciclo vital.

La confluencia del desequilibrio entre generaciones y el aumento de la diferencia de edad entre generaciones sitúa en un nuevo escenario la prestación de cuidados intergeneracionales (Putney y Bengtson, 2003; Silverstein y Giarrusso, 2010; Dykstra y Hagestale, 2016). Por una parte, las numerosas generaciones de mayores, como consecuencia de las mejoras en la calidad de vida, tardan más tiempo en necesitar cuidados, pudiendo, además, prestarlos durante la primera parte de su vejez. Por otra parte, las pequeñas generaciones en edades medias pueden beneficiarse de los cuidados de los mayores (hacia la generación de los hijos o la de los nietos) y, debido a la diferencia de edad, tener plena capacidad para cuidar a los mayores cuanto estos lo necesitan (Meil, Rogero-García y Romero Balsas, 2018).

Estos cambios en la composición de las generaciones conllevan, por lo tanto, la reorganización del sistema de cuidados, de manera muy especial en las familias, que son unidades de análisis clave en este aspecto (Saraceno, 2008; Moreno y Vicente, 2018). Las familias constituyen, por una parte, los sistemas de interacción que regulan en el nivel micro las relaciones intergeneracionales, dándose en ella los efectos de los desequilibrios generacionales, de la baja fecundidad o de la diferencia de edad entre generaciones. En efecto, menos hijos han de hacerse cargo durante más tiempo del cuidado de sus padres o madres y estos, a su vez, colaboran durante la primera etapa de su vejez en el cuidado de la reducidísima generación de los nietos. Por otra parte, si estos efectos demográficos cobran sentido en las familias es porque las familias conservan un papel muy relevante en el sistema de cuidados (IEA, 2007), ya sea por la prestación directa del mismo o por la organización de las actividades y agentes implicados en el cuidado (Brandt, Haberjerb, y Szydlík, 2009).

Las familias se constituyen como grupos primarios en contextos cotidianos de interacción. La importancia de la continuidad en la interacción familiar se

refleja en la noción de hogar, que se refiere al conjunto de personas que viven bajo el mismo techo. En su inmensa mayoría, los hogares están compuestos por personas relacionadas familiarmente. La estrecha vinculación entre los conceptos de familia y hogar acentúa el carácter localizado, sedentario, de los grupos familiares. En el marco de la familia nuclear moderna, el ciclo familiar se desplegaba de manera que la movilidad suponía generalmente la ruptura, desaparición o emancipación de los lazos familiares afectando a la integración del núcleo original, que tendía a desaparecer. La emancipación residencial se vinculaba a la formación de nuevos hogares y a trayectorias de logro en el ámbito laboral. Incluso los cambios residenciales entre los mayores hacia lugares de retiro o retorno pueden interpretarse en esos términos de emprendimiento. En contextos en el que las relaciones intergeneracionales se estrechan y alargan, pues conviven más generaciones con pocos miembros, la salida de uno o dos hijos, o la migración de retiro de los padres, supone la transformación o el final del núcleo familiar. La movilidad puede observarse así como una fuerza centrífuga para el hogar, de modo que la mayor distancia entre padres e hijos reduce el soporte prestado entre ambos (Meil, 2006). Por el contrario, las transformaciones contemporáneas de la movilidad (mayor cantidad de movimientos, mayores distancias recorridas, reversibilidad de los movimientos o recurrencia), acentúan el carácter ambivalente de la movilidad. La misma facilidad con la que podría romperse el vínculo familiar migrando, es la que también permite la continuidad de la relación familiar a cierta distancia (utilizando la movilidad recurrente o la conectividad mediante nuevas tecnologías). La reversibilidad y recurrencia de los movimientos incorpora con toda su fuerza a la movilidad en las estrategias familiares (del Pino, 2015). Ya no se trata de grandes decisiones episódicas, como la emigración de larga distancia, sino de un recurso esencial para la adaptación dinámica a las circunstancias familiares. La movilidad puede observarse, por lo tanto, también, como fuerza centrípeta que mantiene la estructura de interacción familiar, incluso a pesar de la distancia. Los cuidados intergeneracionales actúan como uno de los fines explícitos de las familias. Estos cuidados tienen la peculiaridad de exigir cierto grado de interacción física, normalmente creciente en función del grado de dependencia de las personas cuidadas. La movilidad actúa modulando el contexto de interacción en función de las necesidades de cuidado. Cuando se requiere ayuda para moverse y cuidarse de uno mismo, será necesaria la co-residencia; mientras que si solo se precisa ayuda para moverse fuera del hogar, bastará con cierta

proximidad. Al ser un recurso crecientemente apreciado, la movilidad se encuentra incluida en la estructura de desigualdad social (Camarero, Cruz y Oliva, 2016).

Observemos, por último, la interrelación entre las familias largas y estrechas, la centralidad de los cuidados y la ambivalencia de la movilidad en las sociedades envejecidas. Vivimos en sociedades envejecidas, donde el cuidado va ocupando un espacio central, seguramente el más importante en las relaciones intergeneracionales. Buena parte de ese cuidado se aloja en el interior de las familias, que tienen la peculiaridad de integrar muchas generaciones con pocos individuos. De apariencia frágil, estas estructuras familiares se mantienen como entornos de interacción cotidiana fundamentales, incluso a pesar de que su relación con entornos residenciales estables (hogares) se haya erosionado. Cuando se adopta, más allá de la perspectiva de los hogares, la de las redes familiares (no necesariamente formada por convivientes), encontramos que una gran parte de la ayuda a mayores es prestada por familiares. Por ejemplo, en un entorno familista como el andaluz en 2005, más del 85% de los mayores de 65 años que recibían ayudas, lo hacían por parte de familiares (IEA, 2007). Esta situación se mantiene en el tiempo, tal y como muestran Spijker y Zueras (2016) utilizando las fuentes más relevantes para el caso español. En este caso, la principal observación es el crecimiento de los cuidados familiares externos al hogar de la persona dependiente.

Tenemos así un panorama ambivalente en tres aspectos fundamentales de las relaciones intergeneracionales en relación con el envejecimiento. En primer lugar, familias alargadas cuyos vínculos intergeneracionales se vuelven frágiles al depender de muy pocos miembros. En segundo lugar, cuidados intergeneracionales que se complementan en sentido ascendente (de hijos a padres) y descendente (de padres a hijos), y se van transformando hasta centrarse en la generación de mayores altamente dependientes. Por último, decisiones de movilidad que constituyen el marco de co-presencia necesario para mantener las relaciones familiares, especialmente en torno al cuidado de los mayores.

Metodología

Como venimos explicando, el marco hipotético en el que se mueve la investigación es el de que las relaciones familiares en sociedades envejecidas

tienden a centrarse en el cuidado de los mayores y que la movilidad es un recurso fundamental para cumplir este fin. En el siguiente apartado nos detendremos en mostrar la pertinencia del enfoque transicional y nos adentraremos en la discusión de tres cuestiones. (i) La constitución de estructuras familiares tipo *beanpole*. (ii) la transición a lo largo del ciclo vital desde la prestación de cuidados a la recepción de los mismos y (iii) la reagrupación espacial de las generaciones, una vez concluido el ciclo de emancipación.

Para ello, se acude, por una parte, a una revisión de literatura sobre temáticas asociadas con el enfoque de la transición aplicado a las estructuras familiares, los cuidados intergeneracionales provistos por las generaciones de los hijos a las de los padres y la movilidad residencial asociada con el envejecimiento. Por otra parte, la exposición viene acompañada del análisis de indicadores a nivel europeo que abordan el marco de la transición en sus diferentes aspectos.

La fuente principal es la Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe (SHARE). Se trata de una encuesta que se lleva a cabo de forma bianual en Europa desde 2004. Recoge datos de salud, estatus socioeconómico y redes sociales y familiares para personas a partir de 50 años y (eventualmente) sus parejas que viven en hogares familiares. La muestra es tipo panel, con reposición mediante nuevas olas de muestreo que alimentan la muestra en las edades menores y aseguran la participación en cada estrato de edad de acuerdo con la estructura de cada país y los abandonos.

Los datos sobre familia y cuidados corresponden a la sexta oleada de la SHARE, realizada en 2015. Nuestro análisis ofrece datos agregados para 16 países de la Unión Europea: Austria, Alemania, Suecia, España, Italia, Francia, Dinamarca, Grecia, Bélgica, República Checa, Polonia, Luxemburgo, Portugal, Eslovenia, Estonia y Croacia. En este caso, la muestra efectiva reúne un total de 63.315 respuestas individuales. La muestra se equilibra de acuerdo con los procedimientos establecidos en el proyecto para ofrecer datos estadísticamente significativos a nivel global.

Los datos sobre movilidad, que calculan la aproximación residencial entre la primera ola de la SHARE (2004) y la sexta (2015), reducen, por falta de datos, la base de países a Austria, Alemania, Suecia, España, Italia, Francia Dinamarca y Bélgica. La muestra efectiva reúne un total de 21.113 respuestas individuales. La muestra se equilibra de acuerdo con los procedimientos establecidos en el proyecto.

Por su parte, los datos de los censos de 2011, utilizados para conocer las tasas de movilidad residencial y el porcentaje de mayores viviendo en hogares colectivos, agregan los resultados de Bélgica, Bulgaria, República Checa, Estonia Irlanda, Francia, Croacia, Chipre, Letonia, Luxemburgo, Hungría, Malta, Holanda, Austria, Polonia, Portugal, Rumanía, Eslovaquia, Eslovenia, Reino Unido y Noruega. Pese a que existen diferencias de volumen de las cifras entre países, de acuerdo con los diferentes sistemas de bienestar, los procesos analizados en este trabajo se mantienen, lo que justifica la utilización de los datos conjuntos ofrecidos.

La discusión sobre la transición familiar se sustenta en datos sobre convivencia y proximidad entre padres e hijos a partir de los cincuenta años de los progenitores. Las variables estudiadas son:

- Residencia de los hijos. Se exploran las situaciones en que al menos un hijo vive en el hogar o edificio y en las que al menos un hijo vive a menos de 1 km.
- Contacto con algún hijo: diario o varias veces a la semana.

La transición de cuidados se observa a partir de la transferencia de cuidados entre generaciones. Se establece a partir de la comparación entre los indicadores siguientes:

- Ha dado ayuda en los últimos 12 meses.
- Ha recibido ayuda de otros (fuera del hogar).

La transición de movilidad, por último, aparece vinculada a los cambios en la convivencia intergeneracional, medida en los siguientes indicadores:

- Tasa de crecimiento de personas que viven a menos de 1 km de al menos un hijo entre 2004 y 2015.
- Tasa de crecimiento de convivencia residencial entre padres e hijos entre 2004 y 2015.
- Tasa de cambio de residencia respecto al año anterior
- Porcentaje de mayores de 80 en hogares colectivos.

Transición Familiar, de Cuidados y de Movilidad

La idea de transición implica la consideración de cambios graduales relacionados con algún suceso concreto, que conlleva formas de adaptación

por parte de individuos, grupos o sociedades, para incorporar a su funcionamiento la realidad resultante del cambio (Kralik *et al.*, 2006). Las transiciones modelan de una forma suave el paso del tiempo, lo que se adapta mejor a la fluidez y versatilidad del cambio social contemporáneo (Bauman, 2000) que la modelización evolutiva por etapas de los fenómenos. Se evita así el sesgo teleológico, a la vez que se reconoce el peso de determinados sucesos en el transcurso del tiempo. Frente al cumplimiento de etapas, las transiciones se proponen como haces de cambio adaptativo que atraviesan el tiempo alrededor de un suceso, anticipándolo y respondiendo a las nuevas situaciones a las que el acontecimiento da lugar (Horschelmann, 2011). Nos interesa particularmente observar cómo se entrelazan en las sociedades envejecidas la creciente necesidad de cuidados con las formas familiares y la movilidad.

El carácter transicional del cambio puede aplicarse a las diferentes dimensiones a través de las que se manifiestan los efectos del tiempo sobre la sociedad: el ciclo vital, el periodo histórico y las cohortes o generaciones (Elder y George, 2016). Desde el punto de vista del ciclo vital, hacerse mayor significa enfrentarse de forma discontinua a acontecimientos que van menguando la autonomía personal y haciendo mayor la dependencia respecto a los otros. Esta situación exige una progresiva adaptación del sistema de interacción familiar y social. El alargamiento del ciclo vital ofrece un nuevo contexto a las relaciones familiares, que son susceptibles de alargarse en el tiempo o de tomar dinámicas diversas, como la recomposición familiar o la formación de hogares no familiares. Desde el punto de vista histórico, el cambio fundamental es el operado en torno al papel de las familias en la sociedad, que se encuentra cada vez más vinculado a las relaciones de cuidado entre generaciones. Este cambio viene acompañado por una creciente diferenciación de instituciones dedicadas al cuidado que, en el contexto concreto de la Europa posterior a la II Guerra Mundial, se identifican con la expansión de diferentes modelos de bienestar (Esping-Andersen, 1990; Daly y Lewis, 2000). Por su parte, la movilidad espacial ha ido adquiriendo cada vez más peso en las estrategias vitales, de modo que se ha convertido en un recurso esencial para cubrir las necesidades y mantener redes de interacción cada vez más extensas en el tiempo y en el espacio (Murray y Robertson, 2017). En cuanto a las generaciones, como cohortes demográficas vinculadas por experiencias sociohistóricas, se enfrentan en determinadas fases de la vida a determinados cambios sociales. La configuración de los hogares y las posibilidades de organización del cuidado familiar se ven muy influidas tanto

por la relación desigual, en términos numéricos, entre las generaciones, como por la creciente distancia temporal entre las generaciones, debido al incremento de la edad de los padres en el momento del nacimiento. En este sentido, un aspecto clave, es el balance de cuidados y cargas entre las distintas generaciones. La movilidad, en cuanto que capacidad para mantener la interacción y la proximidad entre miembros, modula no solo el mantenimiento de las estructuras familiares, sino que, crecientemente, hace posible el sostenimiento de los cuidados familiares a lo largo del tiempo.

Transición Familiar y Cambios en las Estructuras de Convivencia

Durante las últimas décadas, se han reformulado los modelos mediante los que se observaban los procesos familiares básicos a través del concepto de ciclo familiar, que proponía una serie de etapas de formación, desarrollo y fin de la convivencia, que las familias iban cumpliendo de manera más o menos fiel (Sorokin et al., 1931; Glick, 1947, Duvall, 1962). Nos encontramos, ahora, ante un enfoque dinámico que no sólo cuenta con la evidencia de que las familias sufren cambios a través del tiempo, sino que tiene en cuenta que estos cambios se producen de manera compleja en un contexto histórico y social. Como señalaba Elder (1991), el estudio de las transiciones familiares permite observar a las familias como estructuras adaptativas que ofrecen respuestas pautadas socialmente a situaciones concretas. Se soslaya el determinismo atribuido a determinados eventos familiares (nacimientos, muertes, rupturas, etc.) para observar procesos que gravitan alrededor de estos eventos sin confundirse con ellos (Hörschelmann, 2011). Además, la aplicación del concepto de transición sitúa el estudio de las formas familiares en el contexto más amplio de la sociedad y el momento histórico en el que se desenvuelven.

El progresivo aumento de la esperanza de vida y también de la mejora de la calidad de vida influye de manera clara en los ciclos vitales de la familia. No sólo se viven más años, sino que también la convivencia entre las generaciones es mayor tanto en cuanto al número años de vida compartida como en cuanto al número de grupos generacionales que finalmente conviven a la vez. De acuerdo con la transición demográfica la extensión de la esperanza de vida guarda relación con la reducción de la fecundidad. Se ajusta el número de descendientes a la vez que se retrasa la edad de la maternidad (Goldstein et al. 2003). El régimen demográfico de baja mortalidad y natalidad sostenida en el tiempo ha ido configurando pirámides de población que tienden a formas

rectangulares, las generaciones son numéricamente muy parecidas en la medida en que se establecen justo sobre los umbrales de tasas de reposición que garantizan la reproducción.

En el ámbito familiar, esta estructura demográfica ha dado lugar a una verticalización (George and Gold, 1991) de las familias, en las que coinciden generaciones de personas mayores y muy mayores con pequeñas generaciones de adultos, jóvenes y niños. Se ha pasado de estructuras familiares tipo árbol (con pocos mayores y una tupida red de parientes vivos en las dos generaciones posteriores) a estructuras familiares de tipo *beanpole*, en las que conviven varias generaciones a la vez (Bengtson et al., 1990; Bengtson y Martin, 2001; Bengtson, 2001). Esta coincidencia vital entre generaciones se da en un contexto de reducción de los miembros que componen cada generación. Son familias reducidas en tamaño pero con una extensa convivencia entre generaciones.

Si con perspectiva histórica observamos las estructuras familiares podemos constatar que se transita desde las formas nucleares -parejas y parejas con hijos- hacia una diversidad grande de tipos de hogar (Lee, 2000; Peters y Dush, 2009). Dentro del contexto de la segunda transición demográfica (Van de Kaa, 1987), se observa el retraso en la formación de nuevos hogares y el incremento de la permanencia de los hijos en el hogar. La mayor duración de la convivencia paterno-filial coincide con una mayor variabilidad en las uniones y duración de las parejas que constituyen el núcleo. Si atendemos al ciclo familiar resulta esperable que la independización de los hijos, el divorcio o las situaciones de viudedad tiendan a generar hogares unipersonales para las edades avanzadas. Sin embargo, las formas de hogar en las que se insertan las personas mayores revelan distintas formas de convivencia y destaca la importancia creciente que tiene la convivencia con hijos en edades tardías, así como la formación de hogares colectivos (Tomassini et al., 2004). La tabla 1 muestra que a partir de los sesenta años siempre hay al menos una cuarta parte de personas que residen en el mismo domicilio que sus hijos. Este porcentaje no se reduce, sino que se mantiene en las fases finales de la vida.

Tabla 1.
Estructuras de hogar por edad

	50-64	65-79	De 80 y +
Solo	18%	24%	43%
Con pareja, sin hijos	47%	48%	28%
Sin pareja, con hijos	6%	8%	17%
Con pareja e hijos	26%	18%	9%
Otros	3%	2%	4%
TOTAL	100%	100%	100%

Fuente: SHARE. 6th Wave (2015). Países UE: AT, DE, SE, ES, IT, FR, DK, EL, BE, CZ, PL, LU, PT, SI, EE, HR. Elaboración propia.

Para comprender este proceso, resulta interesante comparar la situación de las familias tradicionales y las actuales en relación con el papel que cumplen en cada época. Las formas familiares tradicionales, de carácter extenso, impulsaban la creación de familias troncales y, a través de la salida de algunos miembros, se aseguraba el mantenimiento del patrimonio dado el carácter que la familia tenía como unidad de producción y consumo (Ruggles, 2009 y 2010. Ruggles y Heggeness, 2008). Se establecía un contrato de cuidados entre los ascendientes y los descendientes que permanecían en el hogar, al tiempo que se aseguraba la unidad patrimonial (Verdon, 1979). En las familias contemporáneas, la unidad doméstica, ahora sin función productiva, se centra en la concesión de afecto y de cuidado entre los miembros y tiende a crear estructuras aglutinadoras para hacer frente a estas necesidades. Se trata de un movimiento centrípeto que busca atender al cuidado de los mayores a través de una parte de las generaciones de descendientes. Se crean de este modo estructuras complejas, que tienden a replicar de algún modo la estructura troncal, en la que un descendiente se hacía cargo del cuidado a cambio de la herencia (Camarero y del Pino, 2014). Así, la verticalización familiar en cierta medida supone agrupación espacial y guarda relación con la extensión de las demandas de cuidados.

El carácter recursivo de los cuidados a lo largo de la vida hace que las familias de tipo *beanpole* efectúen movimientos de acordeón, en los que a veces se pierden miembros por emancipación, ruptura, internamiento en hogares colectivos o defunciones, y otras se aproximan e incluso se reagrupan familiares. Este escenario refuerza la necesidad de mantener enfoques abiertos

que superen una imagen estática del ciclo familiar (Silverstein y Giarrusso, 2010).

El hecho de que haya un aumento de relaciones familiares posibles debido al mayor tiempo de coincidencia entre generaciones no quiere decir que estas relaciones se produzcan siempre a través de la convivencia en el mismo hogar. De hecho, a lo largo del ciclo vital, no sólo se alarga o se mantiene la presencia de hijos en el hogar, sino que también crece en el entorno residencial inmediato (Tabla 2). La fuerte cercanía en términos de vecindad que se observa entre las generaciones de padres e hijos refuerza la idea de considerar el proceso de independización de los hijos dentro de la estructura vertical de la familia tipo *beanpole* y desde la cadena de cuidados. Como vemos en la tabla II, mientras que la convivencia con algún hijo se reduce a la mitad entre los 50 y los 65 años, la proximidad no deja de crecer hasta los 85 años, así como el contacto diario o casi diario.

Tabla 2.

Estructuras de cuidado por edad: Relación con hijos y ayudas

	Al menos un hijo vive		Contacto con algún hijo		Ayuda	
	En el hogar/ edificio	A menos de 1 km.	Diario	Diario o varias veces a la semana	Ha dado ayuda en los últimos 12 meses	Ha recibido ayuda de otros (fuera del hogar)
50-54	61.8%	4.2%	56.1%	66.2%	39.9%	16.9%
55-59	45.6%	7.7%	41.6%	55.9%	35.7%	17.2%
60-64	34.3%	11.5%	36.2%	52.7%	36.2%	16.2%
65-69	29.4%	14.0%	36.0%	54.3%	29.4%	17.9%
70-74	27.6%	15.3%	37.0%	55.7%	22.9%	23.8%
75-79	29.8%	17.6%	40.3%	58.2%	16.9%	27.7%

continued

Tabla 2.

Estructuras de cuidado por edad: Relación con hijos y ayudas (continued)

	Al menos un hijo vive		Contacto con algún hijo		Ayuda	
	En el hogar/ edificio	A menos de 1 km.	Diario	Diario o varias veces a la semana	Ha dado ayuda en los últimos 12 meses	Ha recibido ayuda de otros (fuera del hogar)
80-84	30.3%	20.3%	44.0%	63.4%	10.7%	41.5%
85-89	28.4%	17.8%	44.9%	64.4%	7.4%	49.1%
90-94	36.9%	15.4%	46.4%	64.2%	3.1%	52.8%
95+	35.8%	11.1%	49.8%	67.1%	2.8%	45.0%
Total	38.0%	12.4%	42.3%	58.4%	27.7%	23.7%

Fuente: SHARE. 6th Wave (2015). Países UE: AT, DE, SE, ES, IT, FR, DK, EL, BE, CZ, PL, LU, PT, SI, EE, HR. Elaboración propia.

Es importante destacar este dato. En cierta medida alcanzar la proximidad entre hogares implica una forma de movilidad, bien por acercamiento residencial pero también por el efecto que se ha denominado *fixities* (Cresswell, 2006) o formas de inmovilidad. La cercanía residencial puede ser producto de la convergencia de cambios de domicilio, pero también puede estar producida por las dificultades para cambiar de residencia. Cresswell incluye dentro de la movilidad tanto las oportunidades que produce el desplazamiento como también las condiciones y vínculos sociales que impiden el mismo.

Transición de Cuidados entre las Generaciones

La extensión de las necesidades de cuidado y su visibilidad social han crecido hasta el punto de debatirse si nos encontramos ante una “sociedad del cuidado” (*caring society*) (Daly y Lewis, 2000; Fine, 2007). En efecto, se incrementan las situaciones en las que son necesarias y también, gracias al desarrollo tecnológico y biomédico, posibles las tareas de cuidado. Mejoran las condiciones de envejecimiento, pero también aumenta el periodo de

atención a necesidades de cuidado de los mayores, como las derivadas de las discapacidades, que antes no se daban, bien porque no se llegaba a la edad, bien porque no había soluciones (médicas, sobre todo) para ellas, bien porque el estándar de calidad de vida era distinto.

Una lectura histórica y generacional de la transición de cuidados debe considerar su carácter ambivalente. En general, en las sociedades desarrolladas, desde los últimos lustros, el aumento de la longevidad afecta a las grandes generaciones del baby-boom, mientras que la carga de los cuidados recae especialmente en las pequeñas generaciones posteriores. De este modo, la tasa de dependencia (la relación entre mayores y población activa) no deja de crecer, pero también crecen las posibilidades de prestar cuidados que permiten las condiciones de salud de los recién jubilados. A ello hay que añadir el diferente marco de experiencias y expectativas que estas generaciones reúnen (Fingerman et al., 2012; Guberman et al., 2012). Mientras que las generaciones de *baby-boomers* han tenido una vida cada vez más próspera y segura, las generaciones de cuidadores se desenvuelven en un escenario más incierto en relación con el trabajo, la emancipación residencial, la formación de familias o la consistencia de las políticas públicas relacionadas con el cuidado. En esas condiciones, la ambivalencia del cuidado (la contradicción inherente a las cargas y compensaciones de involucrarse en estas tareas), también aumenta (Luescher y Pillemer, 1998). Las personas que reciben cuidados sienten compensados sus esfuerzos de contribución a la familia y a la sociedad, a la vez que sufren las consecuencias de una vida dependiente. Por su parte, quienes ofrecen los cuidados se encuentran respaldados por sistemas institucionales (seguros médicos, estado, empresas, voluntarios), pero pueden verse atrapados por cargas que les sustraen de otras esferas, productivas o no, con una pobre expectativa de ser recompensadas. Por ejemplo, el esfuerzo de los cuidadores informales puede llevarles a doblar el tiempo dedicado a actividades domésticas y de cuidado, mientras que su satisfacción decrece con la intensidad y la duración de los cuidados, como muestra Rogero-García en su minucioso estudio sobre el caso español (Rogero-García, 2010).

La transición de cuidados permite observar la dinámica de los núcleos familiares más allá de la idea modernizadora centrada en la formación de nuevos núcleos en las generaciones más jóvenes y la paulatina disolución de los núcleos mayores. Más bien, cabe examinar los ciclos familiares a partir de las cadenas y relaciones de cuidados entre generaciones (Fast et al. 2021;

Keating et al., 2019). Desde esta perspectiva de las familias como convoys intergeneracionales (Antonucci et al., 2011), podemos establecer una transición del rol de los individuos según alcanzan las edades de vejez, un tránsito desde su posición como cuidador-proveedor hasta su posición como receptor de cuidados. En este sentido podemos interpretar la transición familiar antes mencionada. Las generaciones, una vez emancipadas de sus hogares de origen, pasan de ser receptoras del cuidado dado por sus padres a ofrecer cuidado a la generación de los hijos. Posteriormente, se transita del cuidado de la generación posterior al cuidado de la generación precedente, la de los padres. Dependiendo de la estructura y dinámica demográfica y, especialmente, de la edad de los hijos, la etapa cercana a la edad de jubilación podría considerarse como un periodo valle en la prestación de cuidados a lo largo de la vida (Cantor, 1993), en el que se pueden llevar a cabo proyectos de emprendimiento relacionados con el próximo retiro. Si bien no parece que los cuidados familiares desaparezcan en ninguna etapa de la vida, sí existe un periodo aproximado en el que el nivel de exigencia de los cuidados a dar o a recibir se reduce, especialmente en cuanto a la necesidad de disponibilidad permanente.

La extensión del número de generaciones permite el intercambio de cuidados. Incluso puede observarse un ajuste de los tiempos y capacidades generacionales de cuidados. Así la crianza se realiza en las edades centrales y de mayor actividad de los padres que coinciden con las edades de la jubilación activa de los abuelos. El desplazamiento de parte del cuidado de los hijos hacia los abuelos resulta una estrategia central tanto en el caso de hogar dominante de pareja con dos ingresos como en el caso relativamente frecuente de padres separados y divorciados (Allan, Hawker, y Crow, 2013).

La transición de cuidados resulta progresiva, siguiendo una secuencia en tres periodos (Tabla II). En una primera etapa, hasta los 60 años, el rol de cuidador sobresale sobre el de cuidado, mientras que a partir de los 80 el cuidado recibido es muy superior al ofrecido. En un periodo intermedio, entre los 60 y los 80 años, hay un intercambio relativamente simétrico de cuidados entre generaciones. Los mayores colaboran en el cuidado de los nietos mientras que reciben ayudas de sus hijos -transporte, actividades domésticas concretas...-. Se trata de un periodo en torno a la jubilación y al “vaciamiento del nido”, que coincide con un momento de emprendimiento o de envejecimiento activo entre los mayores, que conlleva también procesos de movilidad residencial, más o menos temporal, como veremos más adelante.

Sin embargo, la independización de la generación de los hijos no conlleva en buena parte de los casos una separación efectiva. La distancia entre hogares de padres e hijos resulta reducida; en torno a la mitad de los padres tiene algún hijo en el entorno de 1 km. de distancia. En términos de movilidad, la transición de cuidados se traduce en que la separación entre hijos y padres resulta temporal. En la medida en que la generación de los padres va perdiendo capacidades para el desarrollo en plenitud de actividades diarias comienza un progresivo acercamiento residencial entre padres e hijos. A partir de los 80 años, se observa que la distancia residencial entre padres e hijos se reduce. Más adelante, ya en edades superiores a los 90, cuando la dependencia se extrema crece nuevamente el número de ancianos que residen en el mismo hogar que sus hijos.

La transición de cuidados hace en definitiva que la separación entre generaciones sea reducida en el tiempo y en la distancia y que finalmente se vayan ajustando los cambios residenciales, de forma que puede interpretarse como estrategias de movilidad que afectan a todo el grupo familiar. La lógica de los cuidados muestra un continuo ajuste residencial entre padres e hijos. Los datos son contundentes. Como podemos apreciar, en la Unión Europea el 50% de los mayores de 50 años reside a menos de un km. de distancia de alguno de sus hijos. Hay una movilidad inducida por el continuo mantenimiento de la convivencia intergeneracional, como se verá a continuación.

Transición de Movilidad: Independencia y Acercamiento Residencial

Una de las principales transformaciones de las sociedades actuales que afecta directamente a la estructura de interacción es la movilidad (Urry, 2000; Bauman, 2000). La posibilidad creciente de mantener las relaciones sociales a través del tiempo y el espacio utilizando los medios de transporte y comunicación acentúa el papel estructurador que tiene la movilidad en la vida social (Giddens, 1990) y afecta tanto a los desplazamientos de la vida cotidiana como a las trayectorias vitales a más largo plazo que implican movilidad estacional así como a los cambios residenciales temporales o permanentes. El paradigma de la movilidad (Kaufmann, 2002; Sheller y Urry, 2006; Cresswell, 2006) enfatiza la conectividad frente a las relaciones cara a cara, incide en la reversibilidad de los movimientos frente a la unidireccionalidad y destaca la ubicuidad y diversidad frente a la

secuenciación e iteración. Kaufmann *et al.* (2004) muestran el papel que adquiere la movilidad como fuente de diferenciación social contemporánea. En este sentido habla de “motilidad” -la capacidad para moverse-. La idea de motilidad resignifica toda la acción social, incluida, paradójicamente, la ausencia de movimiento.

En el ámbito de las relaciones familiares, la consideración de los efectos de la movilidad resulta ambivalente. Por una parte, las posibilidades y necesidades de movilidad de las sociedades actuales facilitan la disgregación del núcleo familiar (por ejemplo, durante el proceso de emancipación juvenil o en los cambios residenciales -permanentes o estacionales- que acompañan el retiro). Sin embargo, por otra parte, esta misma movilidad posibilita el mantenimiento de las relaciones familiares y, eventualmente, ciertos procesos de reagrupación, como los que observamos, en el contexto de las sociedades avanzadas, entre los más mayores. Esta ambivalencia se observa en la mayor diversidad de las estructuras y, sobre todo, en las trayectorias de los hogares.

Durante el proceso de independización familiar y desarrollo de biografías individualizadas (Beck y Beck-Gernsheim, 2002), el cese de la convivencia dentro del hogar entre los miembros del núcleo original puede interpretarse como desfamiliarización de la vida social. Sin embargo, es importante tener presente, por una parte, que las relaciones familiares constituyen un vínculo peculiar menos dependiente de la interacción cotidiana que otro tipo de relaciones sociales primarias y, además, por otra parte, que la movilidad, aunque separe residencialmente a los miembros, también facilita que las relaciones familiares se mantengan más allá del propio hogar. Esto hace que el estudio de las estructuras de hogar no refleje totalmente el entramado ni la intensidad de relaciones familiares realmente activas.

La relación entre familias y movilidad adopta nuevos contornos con el proceso de envejecimiento. La movilidad residencial de las generaciones de adultos próximos al retiro y mayores ha sido estudiada a través de trayectorias que combinan dos motivaciones fundamentales: la búsqueda de estilos de vida diferentes a los adoptados hasta el momento y la consideración del cuidado a medida que avanza el deterioro vital (Wiseman, 1980). Desde un punto de vista dinámico, Litwak y Longino (1987), proponen un modelo de tres fases. En la primera fase, los movimientos se centran en el proyecto vital y los estilos de vida al inicio de la jubilación o en la etapa inmediatamente previa. La segunda fase del modelo de Litwak y Longino (1987) torna las motivaciones hacia el cuidado, poniendo el acento en la proximidad a los familiares que

procuran el cuidado de poblaciones con capacidades reducidas. Por último, cuando los cuidados familiares no son suficientes, se producen nuevos movimientos residenciales relacionados con la búsqueda de cuidados especializados. El modelo implica la existencia de algunos factores institucionales que modulan la movilidad, tanto para desarrollar proyectos de envejecimiento activo (apoyado por comunidades locales, medidas de apoyo al emprendimiento o, en el nivel más general, a través de pensiones generosas), como para buscar la mejor atención en situaciones de dependencia. Destaca, en este caso, el papel de la familia en el modelo de bienestar de una sociedad y la dotación y accesibilidad de servicios especializados (médicos especialistas, servicios sociales, organizaciones de ayuda, etc.).

La cuestión de la aproximación familiar durante la etapa de cuidados varía abundantemente según el régimen de movilidad residencial de la sociedad y la propia historia migratoria de las familias, facilitando en algunos casos el arraigo familiar y territorial del anciano, cuando la familia vive en el mismo lugar, o sustituyendo el arraigo territorial por el familiar, cuando el anciano se desplaza, por ejemplo, al hogar de los hijos en otro lugar. Además, aunque pueden darse episodios (viudedad, crisis de salud) que desaten esta necesidad de aproximación, también se dan transiciones paulatinas en las que la persona va poco a poco perdiendo facultades y la familia va también poco a poco adaptándose, por ejemplo, acogiendo a la persona por temporadas en el hogar, turnándose entre varios familiares, etc.

En relación con esta transición de movilidad que implica el creciente papel de los cuidados cabe realizar dos observaciones. En primer lugar, que las tareas de cuidado se encuentran especialmente vinculadas a las familias, si bien pueden encontrarse diferencias en función del modelo de bienestar con el que se organiza la sociedad. Por ejemplo, la situación de *ageing in place*, de la que suelen subrayarse ventajas para la persona mayor y para su entorno, se basa en la posibilidad de recibir o acceder a cuidados a través de alguna clase de movilidad o teleasistencia (Sixsmith y Sixsmith, 2008; Pani-Hareman et al., 2021). En esa línea, va surgiendo la posibilidad no sólo de envejecer en el domicilio familiar, sino de hacerlo con el apoyo de otros mayores dentro de condominios con servicios adaptados para sus necesidades o en hogares no familiares compartidos en los que puede recibirse asistencia. Tal arreglo, denominado *cohousing*, con cierta tradición en los países nórdicos, va adquiriendo importancia en otros contextos (Puplampu, 2020). También, las

redes internacionales de cuidados han operado grandes cambios en la prestación de cuidados informales (Baldassar et al., 2007; Yeates, 2012). Sin embargo, y para subrayar una vez más el papel ambivalente de la movilidad, Fernández-Carro y Evandrou (2014) muestran cómo la situación de *ageing in place* puede darse en dos perfiles de mayores, que califican de deliberado e involuntario, en función de diversas variables. Los primeros muestran una tupida red social y un buen acceso a los cuidados, mientras que los segundos, se encuentran atrapados en su inmovilidad, sin capacidad para movilizar recursos económicos o humanos. En segundo lugar, hay que subrayar la inevitable cercanía física que implican los cuidados, especialmente a medida que afloran los problemas de cuidado personal y movilidad dentro del hogar. Entonces, solo la red familiar más inmediata y próxima físicamente puede realizar la atención que las personas dependientes precisan, ya sea para prestar el cuidado directamente o para organizar a los agentes que prestan el cuidado (instituciones sanitarias, de asistencia social, empresas de cuidados, etc.).

De acuerdo con el esquema de Litwak y Longino (1987), las tasas de acercamiento entre padres e hijos (Tabla 3) muestran para el periodo estudiado (2004-2015) que, hasta la edad de setenta años, el proceso de alejamiento entre ellos es intenso, lo que estaría en relación tanto con las pautas de emancipación juvenil tardía como con la movilidad residencial de emprendimiento de los padres en fase de envejecimiento activo. Los datos son longitudinales para las mismas personas en dos momentos. A partir de los setenta años y, más intensamente, a partir de los ochenta años, se produce un paulatino acercamiento entre hijos y padres, de acuerdo con la fase de reagrupación en torno a los cuidados. Mientras los hijos que quedan siguen saliendo del domicilio, o bien no se alejan o bien los padres acercan la residencia. Los datos muestran que la independización de hogares no supone el alejamiento de los mayores. En este sentido resulta muy expresivo el dato de los mayores de 85 -a principios de periodo-, que obtienen tasas negativas de aproximación, seguramente en relación con la movilidad hacia hogares colectivos, lo que alejaría a los mayores del entorno familiar más inmediato, pero también de la incorporación al propio hogar de los hijos.

Tabla 3.

Tasa de crecimiento de la población que vive cerca de algún hijo, por edad.

Edad en 2004	Aproximación residencial entre padres e hijos. Evolución* 2004-2015	Convivencia residencial entre padres e hijos. Evolución 2004-2015
50-54	-35.7%	-48.0
55-59	-26.3%	-48.2
60-64	8.4%	-22.2
65-69	1.2%	-8.5
70-74	7.8%	-8.7
75-79	10.8%	-20.0
80-84	10.5%	-11.4
>85	-22.3%	16.4
Total(>50)	-14.3%	-34.9

*Aproximación residencial es la tasa de crecimiento de personas que viven a menos de 1 km. de alguno de sus hijos (base 2004).

Fuente: SHARE-Easyshare 6.1. Countries: AT, DE, SE, ES, IT, FR, DK, BE.

Elaboración propia.

La Tabla 4, confirma la importancia que tiene la movilidad residencial en edades avanzadas. El grupo de mayores de 80 muestra una movilidad residencial más elevada que el grupo de 60 años. El contraste entre las tablas 3 y 4 señala que la movilidad de “retorno al hogar” o reagrupamiento familiar al entrar en la cuarta edad, sería mayor o igual de intensa que la movilidad de “envejecimiento activo”.

Tabla 4.

Movilidad residencial y residencia en hogares colectivos

	Cambio de residencia respecto al año anterior	% mayores de 80 en colectivo
50-59	4,2%	0,7%
60-69	3,3%	0,8%
70-79	2,6%	1,8%
80-89	3,7%	7,4%
90+	6,5%	24,5%
80+	4,1%	9,6%

Fuente: Census Hub. Eurostat. Elaboración propia.

Observaciones Finales

Las sociedades avanzadas han sufrido una importante transformación demográfica. El envejecimiento implica un aumento del tiempo de vida, a la vez que induce cambios en la relación entre las generaciones. Generaciones cada vez más pequeñas de adultos se van haciendo cargo progresivamente del cuidado de nutridas generaciones de ancianos. Pero también la propia extensión de la vida amplía el periodo de envejecimiento activo, periodo que supone además del emprendimiento de nuevos proyectos vitales una contribución a las cadenas de cuidado dirigidas hacia las generaciones de los hijos y los nietos.

La extensión de los cuidados asociados al proceso de envejecimiento y el modo de organizarlos constituyen uno de los principales retos para nuestras sociedades. En la medida en que las familias han perdido su condición de unidades de producción y consumo y se centran en la socialización, el afecto y los cuidados, se convierten en agentes de especial importancia a la hora de enfrentarse al envejecimiento. Aunque las cadenas de cuidados se dirigen en ambos sentidos -ascendentes y descendientes-, al focalizar la observación en el envejecimiento, hemos dado prioridad al cuidado de los mayores y el modo en que las generaciones de padres e hijos conviven, se aproximan o alejan espacialmente y mantienen o no contacto a partir de la jubilación. Por una parte, el ajuste intergeneracional se realiza a lo largo de todo el ciclo vital, lo

que conlleva emancipaciones tardías en la generación de los hijos y un progresivo aumento de las necesidades de cuidado de los mayores, que se alargan hasta edades muy elevadas. Por otra parte, se observa que la transición de cuidados desde las generaciones jóvenes hacia las mayores se realiza durante el periodo de envejecimiento activo y guarda relación con la relación de convivencia o vecindad con los hijos.

El modo en que se organizan las familias para cubrir las necesidades de cuidado de los mayores, directamente o a través de la relación con otros agentes, implica procesos de movilidad espacial. De este modo, la organización del cuidado no siempre se manifiesta a través de las estructuras de hogar. En la era de la movilidad, las familias tipo *beanpole* no solo son aquellas que viven bajo un mismo techo, sino aquellas que son capaces de mantener estructuras de cuidados incluso en la distancia. Mención aparte merece la creciente importancia de los cuidados informales no familiares, basadas en las cadenas globales de cuidados, afianzadas a medida que avanza el envejecimiento. El envejecimiento en el lugar de residencia (*ageing in place*) aparece, de este modo, sostenido sobre la base de la cercanía con los posibles cuidadores (familiares o no) en el ámbito doméstico. A medida que se intensifican los cuidados, resulta más necesaria la proximidad, con excepción de la última etapa en la que juegan un papel relevante los hogares colectivos, a menudo desligados del entorno familiar previo. La movilidad es un recurso fundamental en la administración y recepción del cuidado, pero su significado es diverso. La movilidad, o la ausencia de ella, sirve para construir tanto la independencia de las personas mayores como su dependencia. Y esto ocurre también con los cuidadores, especialmente cuando se encuentran ligados por lazos estrechos, como es el caso de los familiares. Esta apreciación sobre la ambivalencia de la movilidad resulta especialmente atractiva como punto de partida para nuevas indagaciones en el campo de los indicadores sociales de movilidad espacial y en el de la interpretación de su significado.

Por último, es necesario hacer una referencia a los contextos institucionales, pese a que no ha sido objeto específico de este trabajo. Aunque la función del cuidado familiar de los mayores es relevante en cualquier contexto, resulta mucho más significativa en aquellos contextos donde hay menor provisión de cuidados por parte del estado, el mercado o el tercer sector. En la medida en que la carga del cuidado de los mayores recaiga en las familias, esta influirá más o menos en la configuración de los intercambios entre generaciones, las estructuras de convivencia y el uso de estrategias de

movilidad asociadas. Un estudio detallado de este asunto demostraría que, lejos de poderse considerar una mera consecuencia de la estructura demográfica, los arreglos en relación con los cuidados en las familias en proceso de envejecimiento dependen de contextos institucionales más amplios.

Agradecimientos

Este trabajo se inscribe dentro de las actividades del Proyecto Envejecimiento, gestión del cuidado y movilidad en las áreas rurales (RURAGECARE) (Uned-Banco Santander 2014/PPR0/022), la Red de Excelencia Investigaciones Socioterritoriales y Desarrollo Rural ISORURAL (CS02016-81728-REDT) y el Proyecto Poniendo el foco en la brecha rural: accesibilidad, movilidades y desigualdades sociales (PID2019-111201RB-I00, Ministerio de Ciencia e Innovación).

Bibliografía

- Allan, G., Hawker, S., & Crow, G. (2013) *Stepfamilies*. Palgrave MacMillan Basingstoke.
- Antonucci, T. C., Birditt, K. S., Sherman, C. W., & Trinh, S. (2011). Stability and change in the intergenerational family: A convoy approach. *Ageing & Society*, 31(7), 1084-1106. doi: [10.1017/S0144686X1000098X](https://doi.org/10.1017/S0144686X1000098X)
- Baldassar, L., Baldock, C. V., & Wilding, R. (2006). *Families caring across borders: Migration, ageing and transnational caregiving*. Palgrave-MacMillan.
- Bauman, Z. (2000). *Liquid modernity*. Cambridge: Polity.
- Beck-Gernsheim, E., & Beck, U. (2002). *Institutionalized Individualism and its Social and Political Consequences*. Londres: Sage.
- Bengtson, V. L. (2001). Beyond the nuclear family: The increasing importance of multigenerational bonds. *Journal of Marriage and Family*, 63(1), 1-16. doi:[10.1111/j.1741-3737.2001.00001.x](https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2001.00001.x)
- Bengtson, V. L., & Martin, P. (2001). Families and intergenerational relationships in aging societies: comparing the United States with German-speaking countries. *Zeitschrift für Gerontologie und Geriatrie*, 34(3), 207-217. doi:[10.1007/s003910170065](https://doi.org/10.1007/s003910170065)

- Bengtson, V. L., Rosenthal, C., & Burton, L. (1990). Families and aging: Diversity and heterogeneity. In Binstock, R. and George, L. (eds.) *Handbook of aging and the social sciences, 3rd edition*, 263-287. New York: Academic Press
- Bowling, A. (2007). Aspirations for older age in the 21st century: What is successful aging? *The International Journal of Aging and Human Development*, 64(3), 263-297. doi: [10.2190/L0K1-87W4-9R01-7127](https://doi.org/10.2190/L0K1-87W4-9R01-7127)
- Brandt, M., Haberkern, K., & Szydlik, M. (2009). Intergenerational help and care in Europe. *European Sociological Review*, 25(5), 585-601. doi:[10.1093/esr/jcn076](https://doi.org/10.1093/esr/jcn076)
- Camarero, L., Cruz, F., & Oliva, J. (2016). Rural sustainability, intergenerational support and mobility. *European Urban and Regional Studies*, 23(4), 734-749. doi:[10.1177/0969776414539338](https://doi.org/10.1177/0969776414539338)
- Camarero, L. & del Pino, J. A. (2014). Cambios en las estructuras de los hogares rurales. Formas de adaptación y resiliencia. *Revista Internacional de Sociología*, 72(2), 377-401. doi:[10.3989/ris.2012.12.27](https://doi.org/10.3989/ris.2012.12.27)
- Cantor, M. H. (1993). Families and caregiving in an aging society. In L. Burton (Ed.), *Families and aging* (pp. 135–144). Amityville, NY: Baywood.
- Christensen, K., Doblhammer, G., Rau, R., & Vaupel, J. W. (2009). Ageing populations: the challenges ahead. *The Lancet*, 374(9696), 1196-1208. doi:[10.1016/S0140-6736\(09\)61460-4](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(09)61460-4)
- Cresswell, T. (2006). *On the Move: Mobility in the Modern World*. Routledge, Abingdon
- Daly, M., & Lewis, J. (2000). The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states. *The British journal of sociology*, 51(2), 281-298. doi:[10.1111/j.1468-4446.2000.00281.x](https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2000.00281.x)
- Dykstra, P., & Hagestad, G. (2016). How demographic patterns and social policies shape interdependence among lives in the family realm. *Population Horizons*, 13(2). doi: [10.1515/pophzn-2016-0004](https://doi.org/10.1515/pophzn-2016-0004)
- Duvall, E.M (1962): *Family Development*, Lippincott, Chicago, 1957, ed. rev, 1962.
- Elder, G. H. (1991) Family transitions, cycles and social change. In Cowan, P. A., & Hetherington, E. M. (Eds.). (1991). *Family transitions* (Vol. 2). Psychology Press.
- Elder, G. H., & George, L. K. (2016). Age, cohorts, and the life course. In *Handbook of the life course* (pp. 59-85). Springer, Cham.

- Esping-Andersen, G. (1990). *The three worlds of welfare capitalism*. Princeton University Press.
- Fast, J., Keating, N., Eales, J., Kim, C., & Lee, Y. (2021). Trajectories of family care over the lifecourse: evidence from Canada. *Ageing & Society*, 41(5), 1145-1162. doi: [10.1017/S0144686X19001806](https://doi.org/10.1017/S0144686X19001806)
- Fernández-Alonso, M. (2020). Reflexionando sobre el envejecimiento desde la sociología: Estado de la cuestión y perspectivas de futuro. *Research on Ageing and Social Policy*, 8(1), 86-113. doi:[10.17583/rasp.2020.4677](https://doi.org/10.17583/rasp.2020.4677)
- Fernández-Carro, C., & Evandrou, M. (2014). Staying put: Factors associated with ageing in one's 'lifetime home'. Insights from the European context. *Research on Ageing and Social Policy*, 2(1), 28-56. doi: [10.4471/rasp.2014.02](https://doi.org/10.4471/rasp.2014.02)
- Fine, M. D. (2007). *A caring society? Care and the dilemmas of human service in the twenty-first century*. Palgrave Macmillan
- Flatt, T. (2012) A new definition of aging? *Frontiers in Genetics* 3(148). doi: [10.3389/fgene.2012.00148](https://doi.org/10.3389/fgene.2012.00148)
- Fingerman, K. L., Pillemer, K. A., Silverstein, M., & Suiitor, J. J. (2012). The baby boomers' intergenerational relationships. *The Gerontologist*, 52(2), 199-209. doi: [10.1093/geront/gnr139](https://doi.org/10.1093/geront/gnr139)
- George, L & Gold, D. (1991) Life Course Perspectives on Intergenerational and Generational Connections, *Marriage & Family Review*,16(1-2), 67-88. doi: [10.1300/J002v16n01_04](https://doi.org/10.1300/J002v16n01_04)
- Giddens, A. (1990) *Consequences of modernity*. Stanford University Press.
- Glick, P. C. (1947). The Family Cycle. *American Sociological Review* Vol. 12, No. 2, The American Family and Its Housing (Apr., 1947), pp. 164-174
- Goldstein J., Lutz W., & Scherbov S. (2003). Long-term population decline in Europe: The relative importance of tempo-effects and generational length. *Population and Development Review* 29(4), 699-707. doi: [10.1111/j.1728-4457.2003.00699.x](https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2003.00699.x).
- Guberman, N., Lavoie, J. P., Blein, L., & Olazabal, I. (2012). Baby boom caregivers: Care in the age of individualization. *The Gerontologist*, 52(2), 210-218. doi: [10.1093/geront/gnr140](https://doi.org/10.1093/geront/gnr140)
- Hörschelmann, K. (2011). Theorising life transitions: geographical perspectives. *Area*, 43(4), 378-383. doi: [10.1111/j.1475-4762.2011.01056.x](https://doi.org/10.1111/j.1475-4762.2011.01056.x)

- Instituto de Estadística de Andalucía (2006). *Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares*. Sevilla, IEA.
- Kaufmann, V. (2002). *Re-thinking mobility*. Ashgate.
- Kaufmann, V., Bergman, M. M., & Joye, D. (2004). Motility: mobility as capital. *International journal of urban and regional research*, 28(4), 745-756. doi: [10.1111/j.0309-1317.2004.00549.x](https://doi.org/10.1111/j.0309-1317.2004.00549.x)
- Keating, N., Eales, J., Funk, L., Fast, J., & Min, J. (2019). Life course trajectories of family care. *International Journal of Care and Caring*, 3(2), 147-163. doi: [10.1332/239788219X15473079319309](https://doi.org/10.1332/239788219X15473079319309)
- Kralik, D., Visentin, K., & Van Loon, A. (2006). Transition: a literature review. *Journal of advanced nursing*, 55(3), 320-329. doi: [j.1365-2648.2006.03899.x](https://doi.org/j.1365-2648.2006.03899.x)
- Laslett, P. (1987). The Emergence of the Third Age. *Ageing and Society*, 7(2), 133-160. doi: [10.1017/S0144686X00012538](https://doi.org/10.1017/S0144686X00012538)
- Lee, G. R. (2000) Family and household structure. In Borgatta, E. F., & Montgomery, R. J. (2000). *Encyclopedia of Sociology*. Macmillan Reference.
- Lesthaeghe, R. J. (2007). Second demographic transition. *The Blackwell encyclopedia of sociology*. Wiley-Blackwell.
- Litwak, E., Longino, C., (1987). Migrations patterns among the elderly: A developmental perspective. *The Gerontologist*, 27, 266-272. doi: [10.1093/geront/27.3.266](https://doi.org/10.1093/geront/27.3.266)
- Luescher, K., & Pillemer, K. (1998). Intergenerational ambivalence: A new approach to the study of parent-child relations in later life. *Journal of Marriage and the Family*, 413-425. doi: [10.2307/353858](https://doi.org/10.2307/353858)
- Meil, G. (2006). The consequences of the development of a beanpole kin structure on exchanges between generations: The case of Spain. *Journal of Family Issues*, 27(8), 1085-1099. doi: [10.1177/0192513X06288121](https://doi.org/10.1177/0192513X06288121)
- Meil, G., Rogero-García, J., & Romero-Balsas, P. (2018). Grandparents' role in Spanish families' work/life balance strategies. *Journal of Comparative Family Studies*, 49(2), 163-177. doi: [10.3138/jcfs.49.2.163](https://doi.org/10.3138/jcfs.49.2.163)
- Moreno, A. & Vicente, J. A. (2019). Well-being and living arrangement of elderly people from European comparative perspective. *The Social Science Journal*, 56(2), 228-242. doi: [10.1016/j.soscij.2018.11.007](https://doi.org/10.1016/j.soscij.2018.11.007)
- Morgan, L. A., & Kunkel, S. R. (2007). *Aging, society, and the life course*. Springer Publishing Company.

- Murray, L., & Robertson, S. (2017). *Intergenerational mobilities. Relationality, age and the lifecourse*. London: Routledge.
- Pani-Harreman, K. E., Bours, G. J., Zander, I., Kempen, G. I., & van Duren, J. M. (2021). Definitions, key themes and aspects of ‘ageing in place’: a scoping review. *Ageing & Society*, 41(9), 2026-2059. doi: [10.1017/S0144686X20000094](https://doi.org/10.1017/S0144686X20000094)
- Peters, H. E., & Dush, C. K. M. (Eds.). (2009). *Marriage and family: perspectives and complexities*. Columbia University Press.
- del Pino Artacho, J. A. (2015). *Estructuras residenciales y movilidad: más allá de la segunda residencia* (Vol. 286). CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Puplampu, V. (2020). Forming and living in a seniors’ cohousing: the impact on older adults’ healthy aging in place. *Journal of Aging and Environment*, 34(3), 252-269. doi: [10.1080/02763893.2019.1656134](https://doi.org/10.1080/02763893.2019.1656134)
- Putney, N. M., & Bengtson, V. L. (2003). Intergenerational relations in changing times. In Mortimer, J. T. y M. J. Sanahan (eds.) *Handbook of the life course* (pp. 149-164). Springer, Boston, MA.
- Rogero-García, J. (2010). *Los tiempos del cuidado. El impacto de la dependencia de los mayores en la vida cotidiana de sus cuidadores*. Madrid, IMSERSO. doi: [10.1111/j.1728-4457.2009.00275.x](https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2009.00275.x)
- Ruggles, S. (2009). Reconsidering the Northwest European Family System: Living Arrangement of the Aged in Comparative Historical Perspective. *Population Development Review*, 35(2), 249-273.
- Ruggles, S. (2010). Stem Families and Joint Families in Comparative Historical Perspective. *Population and Development Review*, 36(3), 563-577. doi: [10.1111/j.1728-4457.2010.00346.x](https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2010.00346.x)
- Ruggles, S. & Heggeness M. (2008) Intergenerational Coresidence in Developing Countries. *Population and Development Review*, 34, 253-281. doi: [10.1111/j.1728-4457.2008.00219.x](https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2008.00219.x)
- Saraceno, C. (Ed.). (2008). *Families, ageing and social policy: Intergenerational solidarity in European welfare states*. Edward Elgar Publishing. doi: [10.3384/ijal.1652-8670.11611](https://doi.org/10.3384/ijal.1652-8670.11611)
- Sheller, M., & Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and planning A*, 38(2), 207-226. doi: [10.1068/a37268](https://doi.org/10.1068/a37268)
- Silverstein, M., & Giarrusso, R. (2010). Aging and family life: A decade review. *Journal of marriage and family*, 72(5), 1039-1058. doi: [10.1111/j.1741-3737.2010.00749.x](https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2010.00749.x)

- Sixsmith, A., & Sixsmith, J. (2008). Ageing in place in the United Kingdom. *Ageing International*, 32(3), 219-235. doi: 10.1007/s12126-008-9019-y
- Sorokin, P., Zimmerman, C.C., & Galpin, C. J. (1931) *A systematic sourcebook in rural sociology*, 2 vols., Univ. of Minnesota Press, Minneapolis.
- Spijker, J., & Zueras, P. (2016). El cuidado a los mayores en un contexto de envejecimiento y cambio social, político y económico. *Panorama social*, (23), 109-124.
- Tomassini, C., Glaser, K., Wolf, D. A., van Groenou, M. B., & Grundy, E. (2004). Living arrangements among older people: an overview of trends in Europe and the USA. *Population Trends*, 115, 24-35.
- Urry, J. (2000). *Sociology beyond societies: Mobilities for the twenty-first century*. Routledge.
- Van de Kaa, D. J. (1987). Europe's Second Demographic Transition. *Population Bulletin* 42.
- Verdon, M. (1979). The stem family: toward a general theory. *The Journal of Interdisciplinary History*, 10(1), 87-105. doi: [10.2307/203302](https://doi.org/10.2307/203302)
- Wiseman, R. F. (1980). Why older people move: Theoretical issues. *Research on Aging*, 2(2), 141–154. doi: [10.1177/016402758022003](https://doi.org/10.1177/016402758022003)
- Yeates, N. (2012). Global care chains: a state-of-the-art review and future directions in care transnationalization research. *Global Networks*, 12(2), 135-154. doi: [10.1111/j.1471-0374.2012.00344.x](https://doi.org/10.1111/j.1471-0374.2012.00344.x)

Julio A. del Pino Artacho. *Profesor Contratado Doctor. Departamento de Sociología I (Teoría, Metodología y Cambio Social). Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid, España. ORCID: 0000-0002-2737-2950*

Luis Camarero. *Catedrático de Sociología. Departamento de Sociología I (Teoría, Metodología y Cambio Social). Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid, España. ORCID: 0000-0001-6665-2069*

Contact Address: jadelpino@poli.uned.es